

14 de Mayo de 1914.

Doctor Tomás R. Cullen, Ministro de J. e I. Pública

Buenos Aires

Me es grato comunicarle que el lunes se abrieron los cursos de la Universidad de Tucumán, con una inscripción que pasará de ochenta alumnos. Se han dictado las primeras clases de Bacteriología, Química, Matemáticas y Dibujo con asistencia completa de los inscriptos, entre los cuales se cuentan varios que han venido de las provincias vecinas.

La inauguración oficial de la Universidad tendrá lugar el 25 de Mayo. He querido anticiparle el conocimiento de la apertura de los cursos que, sin ostentación alguna, señala la efectividad de la realización del pensamiento que presidió la creación de esta nueva casa de estudios superiores que ha encontrado ambiente propicio en la juventud que quiere orientarse hacia los fines prácticos que persigue.

Tuve ocasión de exponerle personalmente el plan y el programa de las tres escuelas de Química y Agricultura, de Agrimensura y Geodesia y de Farmacia, que se han abierto por ahora, sobre la base de institutos científicos y pedagógicos que ya existen en la Provincia.

No puedo dejar pasar el hecho de la apertura de los cursos, al que atribuyo gran transcendencia para la educación nacional, sin llevarlo a su conocimiento. Me es grato saludarlo con toda consideración.

Ernesto E. Padilla

Buenos Aires, Mayo 14 de 1914.
Exmo. Señor Gobernador, Dr. Ernesto E. Padilla
 Tucumán

Me complazco en presentar a Vd. mis sinceras felicitaciones por la inauguración de los cursos de la Universidad de Tucumán que constituirá una digna demostración de la iniciativa progresista de ese gobierno. Saluda a V. E. con distinguida consideración.

Tomás R. Cullen

17 de Mayo de 1914.

Diputado Nacional Dr. Ambrosio Nougés
 Suipacha 1229—B. Aires

Pídole que en compañía de los diputados de ésta visite al Ministro Dr. Cullen y le invite a mi nombre a hacerse representar en el acto inaugural de la Universidad que tendrá lugar el 25 de Mayo.

Ernesto E. Padilla

Tucumán, Mayo 13 de 1914.

A S. S. el señor Ministro de I. Pública Dr. Ricardo Colombres
 Presente

Como el día 25 del corriente debe realizarse la ceremonia conmemorativa de la inauguración de la Universidad, ha creído el Consejo Directivo que era conveniente invitar a los institutos universitarios del país y a los gobiernos de las Provincias de Salta, Santiago, Catamarca y Jujuy para que se hallen representados en ese acto.

La invitación a los gobiernos expresados se halla justificada por ser esas Provincias las contribuyentes actuales y sobre todo futuras de la población de nuestras escuelas.

Esa invitación debe ser hecha, Sr. Ministro, por el Gobierno de Tucumán como el acto de representación ante el país del nuevo instituto.

Saludo al Sr. Ministro con la mayor consideración.

J. L. Penna

JUAN B. TERÁN

Mayo 14 de 1914.

Al señor Gobernador de la Provincia de Salta, Jujuy, Catamarca y S. del Estero

El 25 del mes en curso debe tener lugar la ceremonia inaugural de la Universidad de Tucumán, recientemente fundada por este Gobierno.

El Consejo Superior de la misma se ha dirigido al Ministerio del ramo significando la conveniencia de invitar a los Gobiernos de las Provincias limítrofes, como un acto de solidaridad y como el mejor medio de iniciar el intercambio intelectual entre los mismos.

De acuerdo este Gobierno con las ideas enunciadas y teniendo en cuenta la trascendencia excepcional de este acto que viene a incorporar un nuevo centro de enseñanza superior a los que ya impulsan y dirigen la cultura general del país, el suscrito se complace en dirigirse al Sr. Gobernador invitándole a designar un delegado que traiga la representación de esa Provincia, a fin de dar el mayor realce y solemnidad posibles al acto inaugural de referencia.

Acompaño a la presente un folleto conteniendo la ley de creación y los estatutos de la Universidad.

Me es grato ofrecer al Sr. Gobernador las seguridades de mi consideración más distinguida.

ERNESTO E. PADILLA
Pedro Cossio

14 de Mayo de 1914.

Al señor Rector de la Universidad de B. Aires, La Plata, Córdoba y Santa Fe

El 25 del mes en curso debe tener lugar la ceremonia inaugural de la Universidad de Tucumán, recientemente fundada por este Gobierno.

El Consejo Superior de la Universidad se ha dirigido al Ministerio del ramo significando la conveniencia de invitar a los institutos universitarios del país, como un acto de solidaridad y como el mejor medio de iniciar el intercambio intelectual entre los mismos.

BIBLIOTECA CENTRAL
 DE LA
 UNIVERSIDAD NACIONAL DE TUCUMÁN

10

De acuerdo este Gobierno con las ideas enunciadas y teniendo en cuenta la trascendencia excepcional de este acto, que viene a incorporar un nuevo centro de enseñanza superior a los que ya impulsan y dirigen la cultura general del país, el suscripto se complace en dirigirse al Sr. Rector invitándole a designar un delegado que traiga la representación de esa Universidad, a fin de dar el mayor realce y solemnidad posibles al acto inaugural de referencia. Acompaño a la presente un folleto conteniendo la ley de creación y los estatutos de la Universidad.

Me es grato ofrecer al Sr. Rector las seguridades de mi consideración más distinguida.

ERNESTO E. PADILLA
Ricardo Colombres

La Plata, Mayo 19 de 1914.

Exmo. señor Gobernador Dr. Ernesto E. Padilla
Tucumán

El Consejo Superior de la Universidad, agradeciendo y aceptando la honrosa invitación de V. E., resolvió designar al Dr. Joaquín V. González, presidente de la institución, como representante en la solemne ceremonia inauguración de la Universidad de Tucumán. Respetuosos saludos.

E. Herrero Ducloux, Vice presidente

Santa Fe, Mayo 20 de 1914.

Al Exmo. señor Gobernador de la Provincia de Tucumán
Dr. Ernesto E. Padilla

Tucumán

Me complazco en acusar recibo a V. E. de su atenta nota fecha 14 del corriente, por la que se me invita a designar un delegado que, en representación de este Instituto, asista a la ceremonia inaugural de la Universidad creada en esa Provincia.

En su respuesta, pongo en conocimiento de V. E.

11

que esta Rectoría ha designado a ese efecto al Sr. Catedrático Titular de la Facultad de Derecho, Dr. Severo A. Gómez, quien lleva el saludo auspicioso de esta casa para el nuevo instituto de altos estudios a inaugurarse, cuya acción y desenvolvimiento dará mayor brillo y eficiencia a los progresos alcanzados por la Provincia de su digno Gobierno.

Saludo a V. E. con mi consideración más distinguida.
Zenón Martínez

Buenos Aires, Mayo 20 de 1914.

Al Exmo. señor Gobernador de la Provincia de Tucumán,
Dr. Ernesto E. Padilla

Tucumán

Tengo el honor de dirigirme a V. E. comunicándole que el Consejo Superior en su sesión de la fecha, atenta la invitación que se ha servido dirigir a la Universidad Nacional de Buenos Aires para que concurra al acto trascendental de la inauguración de la Universidad de Tucumán, ha resuelto nombrar su Delegado para que la represente al Sr. Decano de la Facultad de Ciencias Económicas, Dr. Don Carlos Rodríguez Etchart

Con tal motivo presento a V. E. mis congratulaciones por el progreso que significa para la Provincia de su digno gobierno la creación de un instituto de altos estudios.

Saludo a V. E. con mi consideración más distinguida.

EUFEMIO UBALLES
R. Colón

Córdoba, Mayo 23 de 1914.

Señor Gobernador de Tucumán

Tengo el agrado de comunicarle que habiendo renunciado el Dr. Patricio de Zavallía por encontrarse enfermo la representación de ésta Universidad en la inauguración de la de Tucumán, se ha nombrado en su reemplazo al Dr. Manuel Paez de la Torre. Saludo a V. E. con distinguida consideración.

J. DEHEZA—Rector

Ernesto Gavier—Sec. General

Catamarca, Mayo 23 de 1914.

A S. E. el señor Gobernador de la Provincia de Tucumán

Me es grato acusar recibo de la nota de V. E. de fecha 15 del corriente y del folleto conteniendo la Ley de creación y los Estatutos de la Universidad de esa ciudad.

De acuerdo con la invitación que se ha servido dirigir a este Gobierno, se ha dictado el decreto cuya copia en forma acompaño, designando al Dr. Gonzalo Machado delegado para representar a la Provincia en el acto inaugural de la Universidad.

Al hacer votos por el éxito y prosperidad del nuevo centro de enseñanza superior, reitero a V. E. las seguridades de mi más distinguida consideración.

R. C. AHUMADA
Eliás V. Sosa

Catamarca, Mayo 22 de 1914.

Vista la nota de S. E. el Sr. Gobernador de la Provincia de Tucumán, invitando al de ésta a designar un delegado que lo represente en el acto inaugural de la Universidad de aquella ciudad y siendo un deber del gobierno adherirse al expresado acto que significa una excepcional trascendencia para la enseñanza superior del norte de la República.

El Gobernador de la Provincia decreta:

Art. 1º. Designase al Dr. Gonzalo Machado delegado de este gobierno en el acto a que se refiere el preámbulo de este decreto.

Art. 2º. Comuníquese, publíquese y dése al Registro Oficial.

AHUMADA
Eliás V. Sosa

Santiago del Estero, Mayo 20 de 1914.

A S. E. el señor Gobernador de la Provincia de Tucumán

Tengo el honor de dirigirme a V. E. acompañándole copia legalizada del decreto del P. E. fecha de hoy,

por el que se nombra al Dr. Pedro León Cornet representante de esta Provincia en la inauguración de la Universidad de Tucumán que se efectuará en esa el día 25 del corriente.

Saludo a V. E. con mi consideración más distinguida.

ANTENOR ALVAREZ
F. E. Alvarez

Santiago del Estero, Mayo 20 de 1914.

Vista la precedente comunicación del Exmo. Gobierno de la Provincia de «Tucumán» invitando a concurrir por medio de una representación a la ceremonia inaugural de la «Universidad» recientemente fundada en aquella ciudad, el Gobernador de la Provincia

DECRETA:

Art. 1º. Nómbrase al Dr. Pedro León Cornet representante de ésta Provincia en la inauguración de la «Universidad de Tucumán», que se efectuará el 25 del corriente.

Art. 2º. Comuníquese, publíquese y dése al Registro Oficial.

ANTENOR ALVAREZ
F. E. Alvarez

Salta, Mayo 22 de 1914.

Exmo. señor Gobernador de la Provincia de Tucumán

Tengo el honor de contestar la nota de V. E. de fecha 15 del cte. en la que por indicación del Consejo Superior de la Universidad de esa Provincia, se digna invitar a este gobierno para que se haga representar en el acto de la inauguración de la Universidad recientemente fundada por el P. E. de esa Provincia y que tendrá lugar el 25 del cte. Este gobierno ha aceptado dicha invitación y nombrado para que lo represente en aquel acto al señor presidente del H. Senado de la Provincia don Delfín Leguizamón, quien concurrirá acompañado del señor Dr. Alfredo Boden. Haciendo votos por la prosperidad del nuevo centro de enseñanza superior que se incorpora al país bajo

los auspicios del ilustrado gobierno de V. E., debo comunicarle que la delegación saldrá mañana en el tren de las 6 1/2 p. m.

Reitero a V. E. las seguridades de mi consideración distinguida.

R. PATRON COSTAS
Macedonio Aranda

Jujuy, Mayo 22 de 1914.

Exmo. señor Gobernador de la Provincia, Dr. Ernesto E. Padilla

Tucumán

Tengo el agrado de dirigirme a V. E. acusándole recibo de su oficio de 15 del corriente, en el que tiene a bien comunicarme que el 25 del mismo, deberá tener lugar la ceremonia inaugural de la Universidad de Tucumán, recientemente fundada por el Exmo. Gobierno, según la ley de creación y Estatutos de la Universidad, que se ha servido remitir, como así mismo invitando a este Gobierno a designar un delegado en representación de esta Provincia, a fin de dar el mayor realce y solemnidad posibles al acto inaugural de referencia.

En respuesta me es muy grato manifestar a V. E. que se ha designado como delegado, al Presidente del Consejo General de Educación de ésta, Sr. Benjamín Zalazar Altamira.

Al formular mis votos por la prosperidad del nuevo centro de enseñanza superior que se inicia, me es satisfactorio ofrecer a V. E. las seguridades de mi consideración distinguida.

PEDRO J. PEREZ
Alberto Blas

Santa Fe, Mayo 23 de 1914.

Gobernador de la Provincia

Tucumán

La interrupción del tráfico, consecuencia del mal tiempo reinante impiden a nuestro delegado Dr. Severo

A. Gómez, que debió salir hoy, asistir a la solemne inauguración de la Universidad de esa, pidiendo a V. E. quiera ser intérprete de la simpatía con que esta casa ve nacer a esa hermana del Norte y asociando al justo regocijo de ese pueblo tan importante acto de gobierno, del libre ejercicio de la autonomía local y con clara visión del porvenir. Saludo a V. E. con mi consideración más distinguida.

ZENÓN MARTINEZ

Moisés Soriano—Sec. General

Santa Fe, 25 de Mayo de 1914.

Señor Rector de la Universidad de Tucumán, Dr. Juan B. Terán

Tucumán

Investido con la representación de la Universidad de Santa Fe, para asistir como delegado a la inauguración de la Universidad de Tucumán, me disponía a trasladarme a ésta cuando un inconveniente insalvable no me permite realizar el viaje. Me hubiera sido especialmente grato haber podido expresar personalmente el sentimiento de simpatía con que la Universidad de Santa Fe ve surgir a su noble hermana y llevar los augurios que nos la muestran en el porvenir, grande, fuerte y consolidada. Tanto más grato me hubiera sido cumplir esa misión, cuanto la Universidad de Santa Fe estaba especialmente interesada en hacer visible y palpable el sentimiento de solidaridad que debe unir a todos los institutos que, como el dignamente dirigido por Vd., contribuyen a elevar la cultura nacional, hasta el nivel alcanzado por su grandeza material y su pujanza económica. Hubiera también aplaudido sin reservas, la orientación práctica en la enseñanza que informan sus planes de estudio, porque es necesario poner la riqueza del país en manos expertas y contribuir a formar en la juventud intelectual vigorosos conscientes de su fuerza propia, seguros de la acción que pueden desarrollar para ensanchar la esfera del trabajo y de las industrias nacionales. Ruego al Sr. Rector quiera expresar a la Universidad de Tucumán estos anhelos

del Centro Universitario Santafecino y decirle en nuestro nombre, que Tucumán, grande por su tradición histórica, fecunda por su historia, honrosa por su situación y los encantos de su naturaleza, noble y honrada por sus hijos preclaros, contribuye desde hoy eficazmente con su Universidad a levantar la cultura nacional, como contribuyó en otra época al afianzamiento de su libertad, y como sigue dando día a día industrias a la potencia productora del país, hombres a su gobierno e ideales a su evolución económica y educativa.

Saludo al Sr. Rector con mi mayor consideración.

Severo A. Gómez

Buenos Aires, Mayo 28 de 1914.

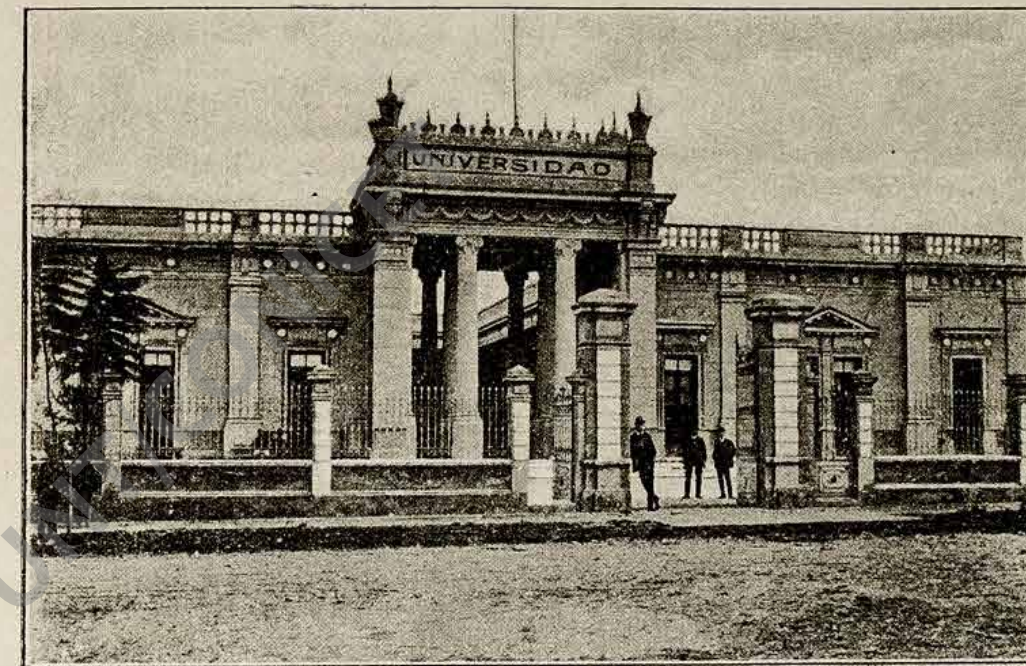
Exmo. señor Gobernador, Dr. Ernesto E. Padilla

Tucumán

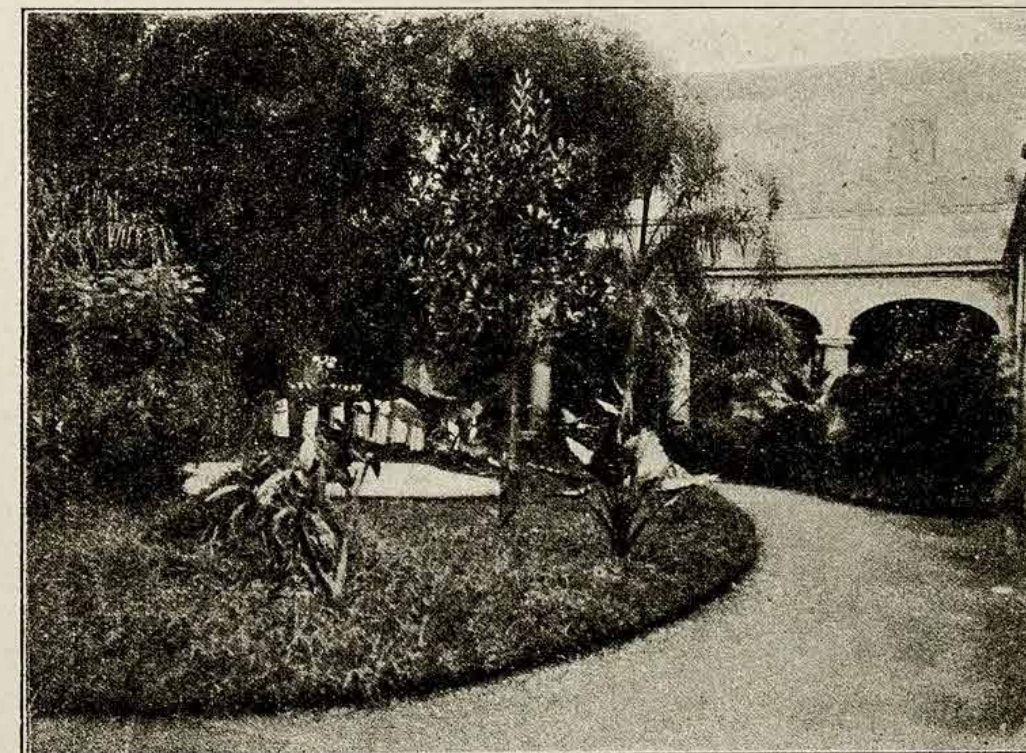
Lamento que la circunstancia imprevista que V. E. me comunica en su telegrama de ayer haya impedido al señor Subsecretario, Dr. Groussac, asistir en mi representación a la inauguración de la Universidad de Tucumán, pues deseaba asociarme a la auspiciosa ceremonia, en forma que tradujera la patriótica satisfacción con que acompañamos en ella, a los poderes públicos de la Provincia y autoridades de la nueva casa de estudios. Sirvase aceptar V. E., con mis felicitaciones por el éxito de la fiesta de que he tenido referencias, las seguridades de mi distinguida consideración.

Tomás R. Cullen

Ministro de Instrucción Pública

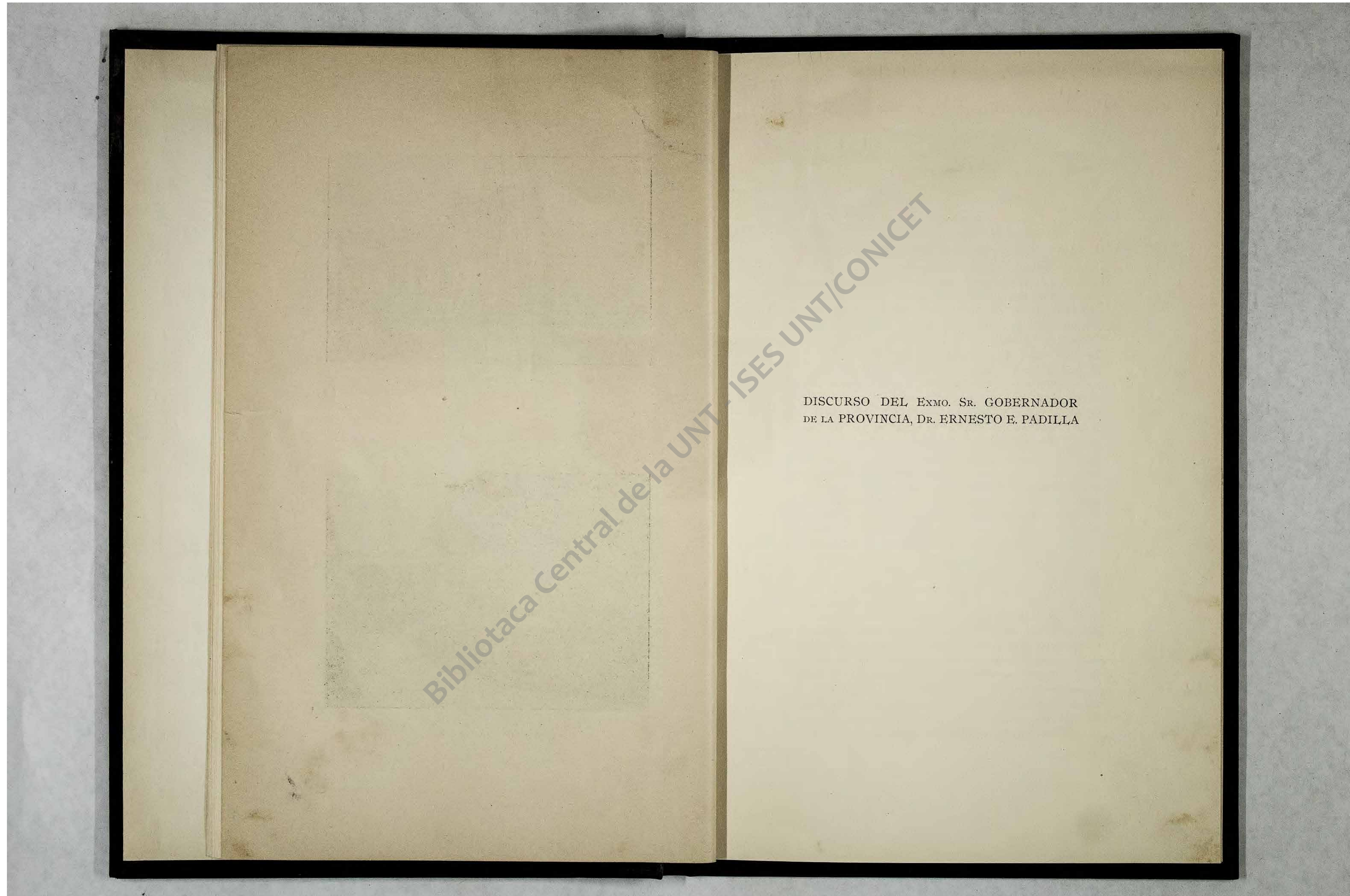


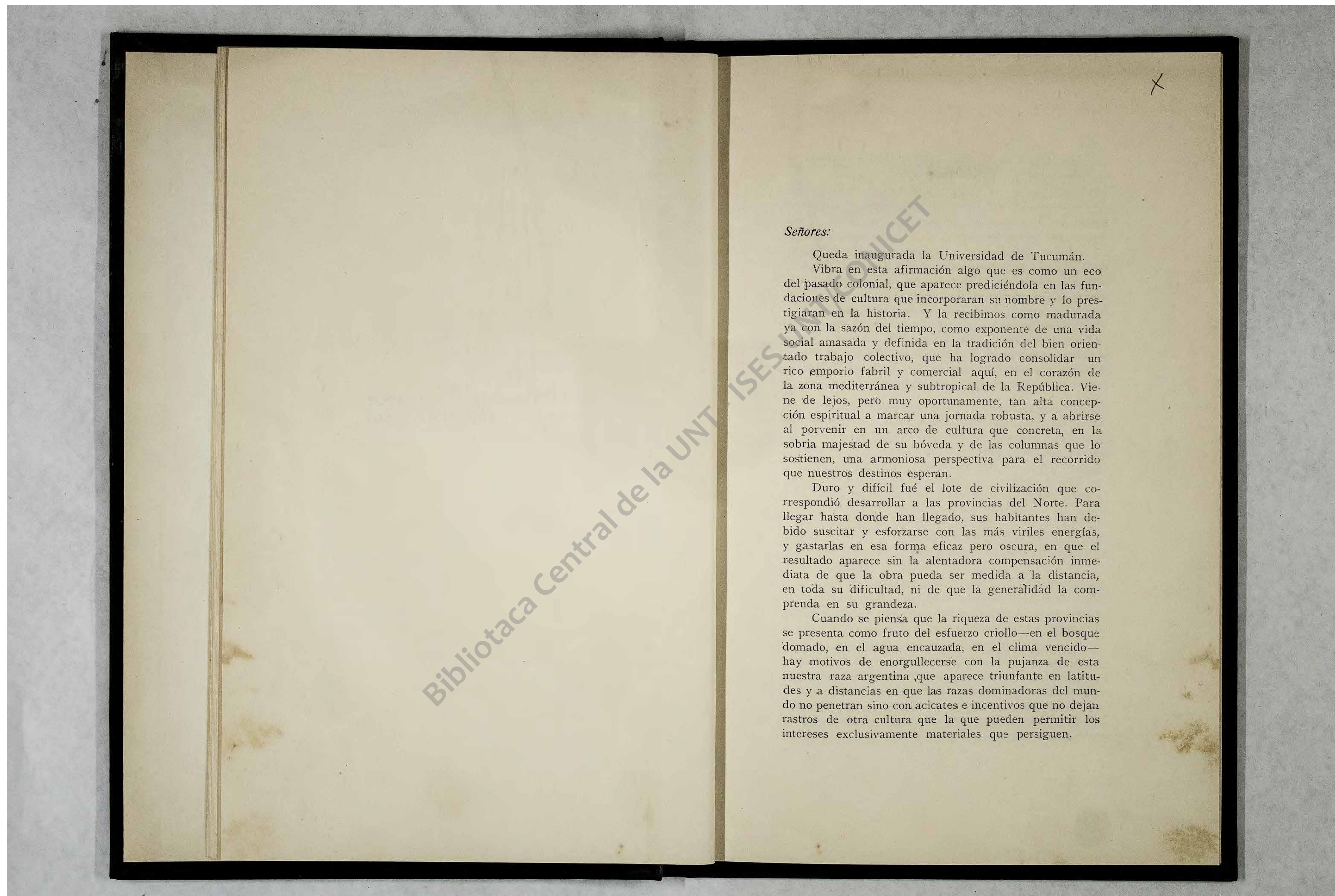
Edificio en que funcionan los Laboratorios de Bacteriología y Química



Patio de la Escuela Profesional "Sarmiento" anexa a la Universidad y donde se realizó el acto de la inauguración

BIBLIOTECA CENTRAL
DE LA
UNIVERSIDAD NACIONAL DE TUCUMÁN





Señores:

Queda inaugurada la Universidad de Tucumán. Vibra en esta afirmación algo que es como un eco del pasado colonial, que aparece prediciéndola en las fundaciones de cultura que incorporaran su nombre y lo prestigiaran en la historia. Y la recibimos como madurada ya con la sazón del tiempo, como exponente de una vida social amasada y definida en la tradición del bien orientado trabajo colectivo, que ha logrado consolidar un rico emporio fabril y comercial aquí, en el corazón de la zona mediterránea y subtropical de la República. Viene de lejos, pero muy oportunamente, tan alta concepción espiritual a marcar una jornada robusta, y a abrirse al porvenir en un arco de cultura que concreta, en la sobria majestad de su bóveda y de las columnas que lo sostienen, una armoniosa perspectiva para el recorrido que nuestros destinos esperan.

Duro y difícil fué el lote de civilización que correspondió desarrollar a las provincias del Norte. Para llegar hasta donde han llegado, sus habitantes han debido suscitar y esforzarse con las más viriles energías, y gastarlas en esa forma eficaz pero oscura, en que el resultado aparece sin la alentadora compensación inmediata de que la obra pueda ser medida a la distancia, en toda su dificultad, ni de que la generalidad la comprenda en su grandeza.

Cuando se piensa que la riqueza de estas provincias se presenta como fruto del esfuerzo criollo—en el bosque domado, en el agua encauzada, en el clima vencido—hay motivos de enorgullecerse con la pujanza de esta nuestra raza argentina que aparece triunfante en latitudes y a distancias en que las razas dominadoras del mundo no penetran sino con acicates e incentivos que no dejan rastros de otra cultura que la que pueden permitir los intereses exclusivamente materiales que persiguen.

Facilmente se ve cómo esta fundación responde a una necesidad del presente en la vida nacional. Con los nobles ideales que acaricia, trae consigo un programa de formación moral e intelectual que surge del ambiente como una determinación propicia para las almas y las mentes que deben buscarla.

Nuestra juventud no encuentra a su alrededor, como debe tenerlos, los instrumentos que necesita para responder a las verdaderas vocaciones del medio. Es por eso que atropella, confundiendo tendencias diversas, en general convergencia hacia las carreras ostentosas del doctorado—camino trillado y fácil que, al lado de los que lo toman con afición y estímulos propios, atrae y seduce también a los que, en la duda, se deciden por la única finalidad que entreven como posible o por lo que menos resiste al esfuerzo liviano y al estudio lijero.

Y sucede, también, que la juventud que sale no vuelve en igual número, disminuyendo el concurso de preciosas actividades de renovación, que se sustraen en pérdida definitiva cuando se las necesita y se debe contar con ellas. No podrá alegarse como excusa que el teatro local aparezca restringido y estrecho a las aspiraciones, porque la experiencia enseña cuánto puede lograrse en él poniendo por delante el estudio, la actividad y la decisión. No hay fuerza que se pierda y que no triunfe en la vida provinciana, sino se la aminora por la dejadez o se la neutraliza por la inacción.

Aún en las esferas más ajenas al comercio ordinario de las ideas y del aprovechamiento de las aptitudes comunes, se llega a donde se quiere llegar y se consigue la obra propia cuando se la crea y se la trabaja con suficiente consagración.

Tengo un oportuno y bello ejemplo para demostrarlo. Sé que contrariará una modestia innata que da relieve a muy altos merecimientos. Pero, dentro de los métodos experimentales que os son familiares, habéis de permitirme, doctor Miguel Lillo, que me sirva de vuestro caso personal—ya que señalais una cima que muestra lo que puede alcanzar la voluntad de un hombre cuando, aún

en la soledad y ante la indiferencia, enciende su lámpara para estudiar y pensar. Joven, tuvisteis el amor de las ciencias naturales y formasteis la sana vocación de dominarlas; autodidacta, lo habéis conseguido, y los sabios del mundo conocen vuestro nombre, agregado al de las nuevas especies de fauna y flora que habéis clasificado en nuestro suelo, o a través de nuestras investigaciones, así como, dignísimamente llevado entre austeras disciplinas, fuisteis reverenciado como eminente doctor de la ciencia, antes que os llegara el título académico en que os consagra—con un acto que la honra—la ilustre Universidad de La Plata. Destacaros en este momento—grato también al discípulo—es, al mismo tiempo que mostrar una honra pura de nuestra Provincia, comprobar la virtualidad efectiva de nuestro medio para desarrollar la labor universitaria que emprendemos.

No cabe vacilación, pues, en el medio de gobierno que se impone. Hay que detener y dar rumbos, dentro de los propios límites, a las fuerzas que hoy emigran y, con el vigor que representan, afinarlas y alistarlas para servir las premiosas necesidades de la región, entregándolas a conceptos de dirección superior, pero con métodos y nociones prácticas, en que la pura especulación mental se aplique directamente a la experiencia del investigador y puedan sumarse al afán particular para despertar anhelos, acertar progresos, conseguir mejoras y, si se quiere, producir ganancias mayores y ciertas.

Tiene que ser muy grata la solución que ofrecemos, al espíritu argentino, que busca ansioso que haya lugar para establecer realmente los equilibrios que el propio sistema de gobierno suscita y requiere, como parte principal de un programa siempre abierto al patriotismo previsor. En las provincias del Norte y en la región central hay que intensificar el esfuerzo para llenarlo pronto. Acaso se haya perdido el tiempo; pero urge repararlo buscando solícitamente la población y acrecentando la propia importancia. Una simple ojeada a la geografía nacional hará ver el necesario contrapeso de un millón y medio de

habitantes sobre esta parte del territorio como condición de permanente y armónica prosperidad.

Tucumán funda esta Universidad como contribución de su parte para prepararla, desde el lugar preeminente en que actuará, levantando las inteligencias y los corazones con el auspicio soberano que ha de modelarlos en fuerzas de unidad eficaz, constructiva y vencedora y no de dispersión anárquica y estéril.

Bajo la sombra de este árbol que cuenta la tradición más antigua de su vida estudiosa; en este patio y dentro de este cuadro que evoca dulces memorias juveniles, que mueven suavemente la emoción, no puedo sustraerme a la nota de entusiasmo que recojo del conjunto del pasado, del presente y del futuro, con que se me aparece esta fiesta, y me siento feliz, como gobernante, de poder entregar la obra que hoy inauguramos, bajo la protección de Dios y de la patria, como una cara nave a los vientos favorables que la esperan, para decirle, con el poeta: que nuestros corazones, nuestras esperanzas, nuestras oraciones, nuestras ternuras, nuestras lágrimas, nuestra fe triunfante sobre nuestros temores, todo está con ella!

¡Qué aparezca siempre digna de los votos puros que formulamos; que los hombres directivos sepan en todo tiempo guardarla con honor y cumplir bien la misión que se les confía; que el pueblo la rodee con su adhesión y respeto y la reciba con el significado trascendental del beneficio que la inspira en su favor, y, que, por las proyecciones que alcance, permita que la posteridad señale esta fecha—«albo lapillo»—para honor y gloria de nuestra generación.

Señores representantes del señor Ministro de Instrucción Pública de la Nación, de los Exmos. Gobernadores de Salta, Jujuy, Santiago y Catamarca:

Señor Presidente de la Universidad de La Plata:

Señores delegados de las Universidades de Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe:

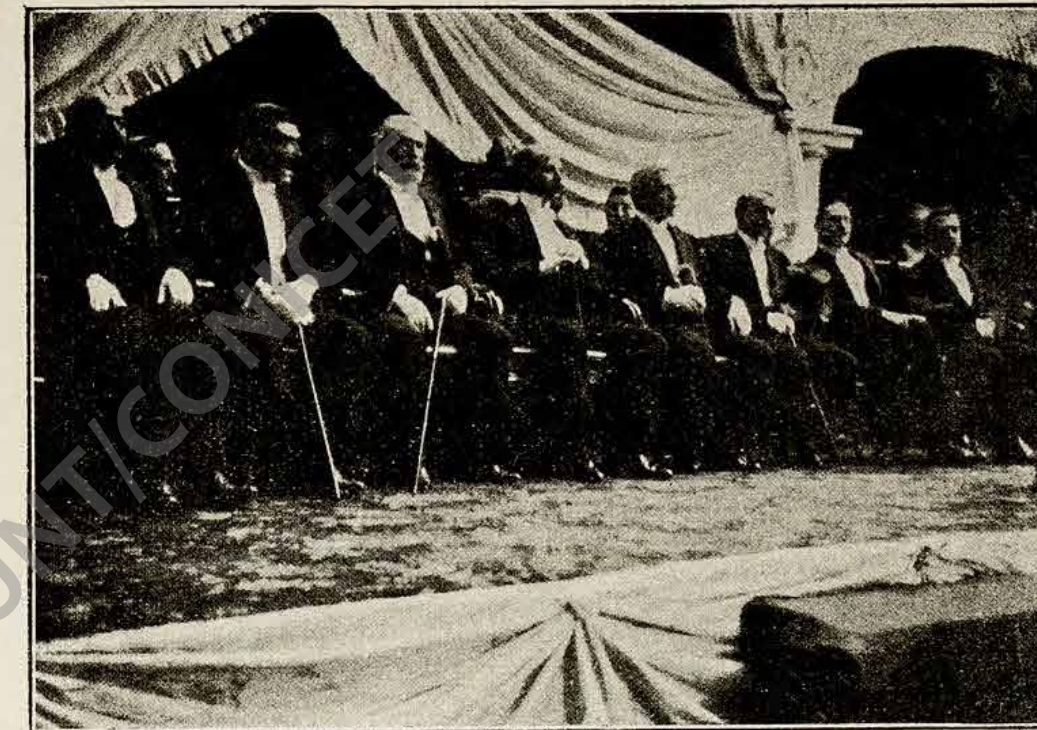
Sellais con vuestra presencia la solidaridad nacional que está esencialmente penetrada la Casa de Estudios que inauguramos. Tucumán os queda grato por la con-

fianzas que dispensais a su iniciativa, por el honor de vuestras visitas, y por el de las altas representaciones de que sois portadores para apadrinar la naciente Universidad, que, en su bautismo, tiene que invocar el prestigio de un parentesco directo con las Universidades Nacionales,—a cuya labor orgánica modestamente se incorpora, porque es el latido de las fuerzas vivas recójidas en sus aulas el que va a agitar y modelar sus jóvenes entrañas; son sus acertadas enseñanzas las que recojieron y formaron a los maestros que ella llama, a su vez, para que las apliquen y ensayen en nuevas direcciones. Nadie más autorizado que vosotros para recoger el compromiso de honor de servirla en sus nobles designios y en sus dignos estímulos, de manera que gobernantes y gobernados hayan de cifrar el mayor orgullo en que se desenvuelva, prospere y triunfe.

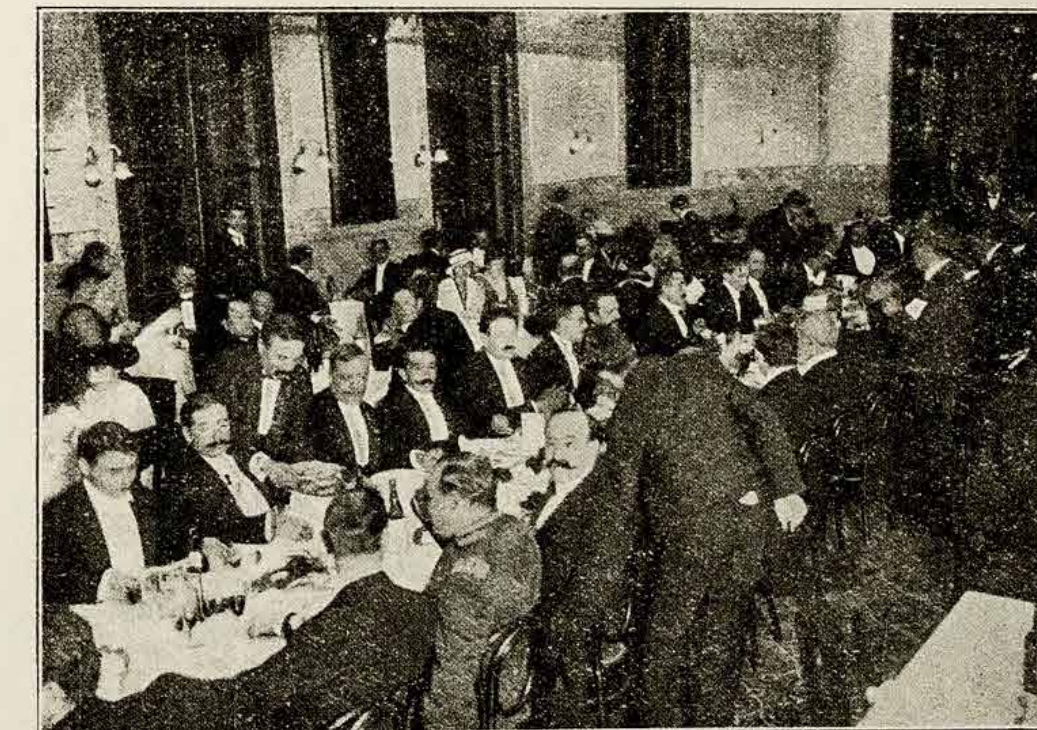
Debo ceder ahora este lugar para que entre los distinguidos miembros del Consejo Superior Fundador, a cuya consagración debemos el éxito que alcanzamos, se levante la juvenil figura de su primer Rector y pueda, al saludaros, deciros a todos lo que ya nos ha enseñado en la iniciativa que debemos a sus vigiliias de estudioso y a la tensión activa de su sana fibra de educador.

Os corresponde hablar a vos, Dr. Juan B. Terán, iniciador y fundador de la Universidad de Tucumán.

[Faint, illegible text in the left column of the page]



El Gobernador de la Provincia, los delegados y parte de la concurrencia oficial, en el acto de la inauguración

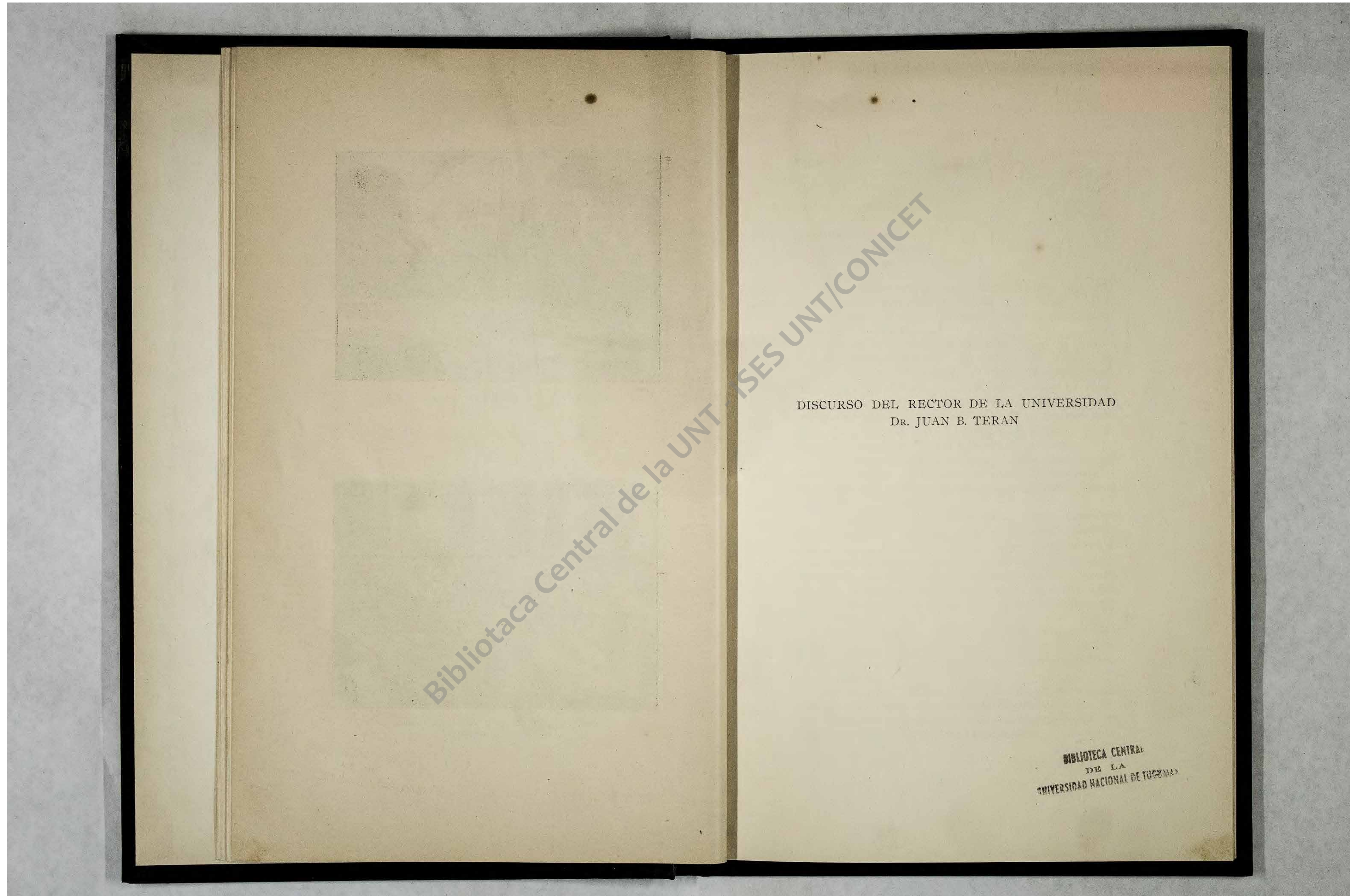


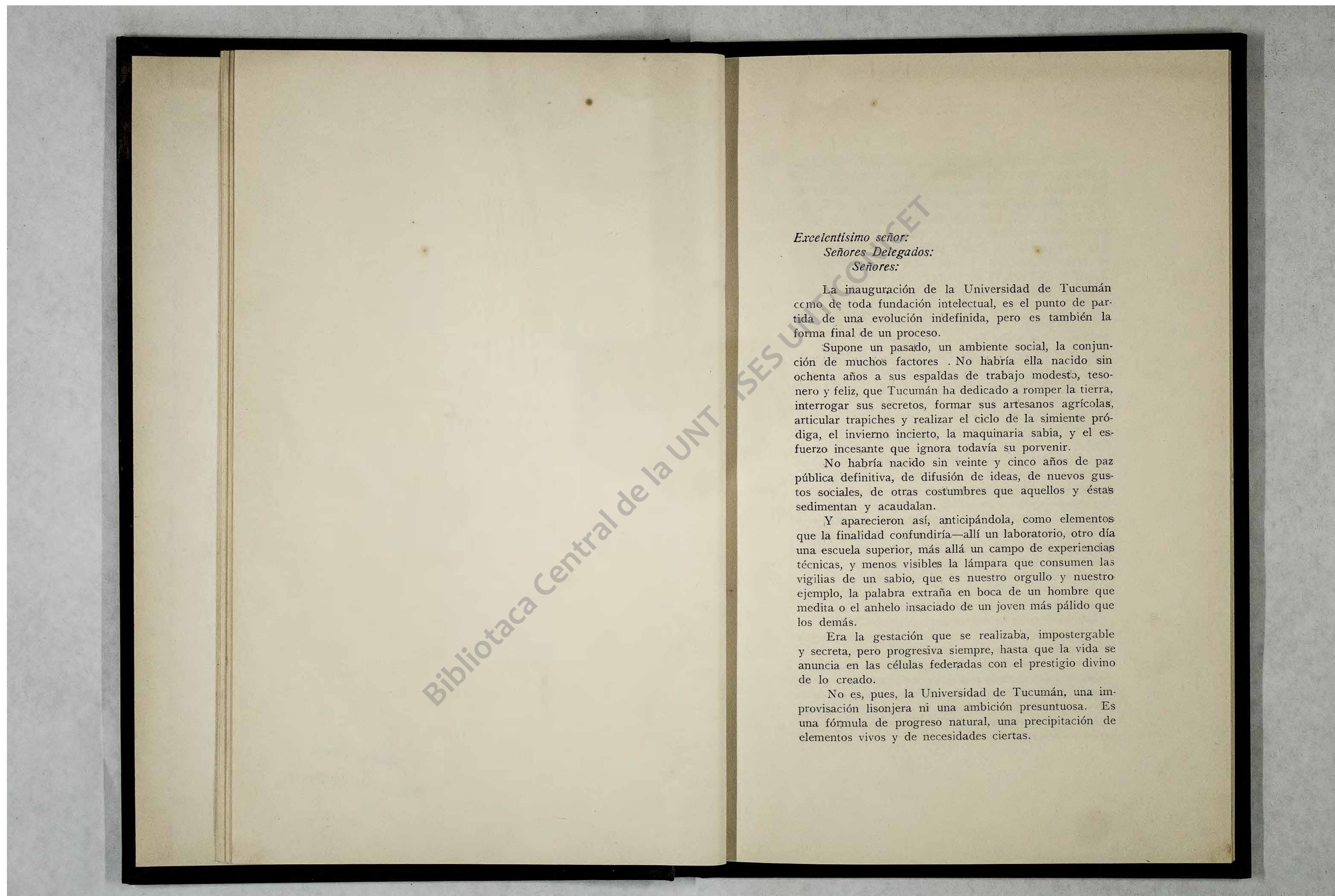
Banquete ofrecido por el Gobierno de la Provincia a las delegaciones y miembros del Consejo Superior

Biblioteca Central de la UNT - ISES UNT/CONCE

278.4 (026.2)

71.608





*Excelentísimo señor:
Señores Delegados:
Señores:*

La inauguración de la Universidad de Tucumán como de toda fundación intelectual, es el punto de partida de una evolución indefinida, pero es también la forma final de un proceso.

Supone un pasado, un ambiente social, la conjunción de muchos factores. No habría ella nacido sin ochenta años a sus espaldas de trabajo modesto, tesonero y feliz, que Tucumán ha dedicado a romper la tierra, interrogar sus secretos, formar sus artesanos agrícolas, articular trapiches y realizar el ciclo de la simiente pródiga, el invierno incierto, la maquinaria sabia, y el esfuerzo incesante que ignora todavía su porvenir.

No habría nacido sin veinte y cinco años de paz pública definitiva, de difusión de ideas, de nuevos gustos sociales, de otras costumbres que aquellos y éstas sedimentan y acaudalan.

Y aparecieron así, anticipándola, como elementos que la finalidad confundiría—allí un laboratorio, otro día una escuela superior, más allá un campo de experiencias técnicas, y menos visibles la lámpara que consumen las vigiliadas de un sabio, que es nuestro orgullo y nuestro ejemplo, la palabra extraña en boca de un hombre que medita o el anhelo insaciado de un joven más pálido que los demás.

Era la gestación que se realizaba, impostergable y secreta, pero progresiva siempre, hasta que la vida se anuncia en las células federadas con el prestigio divino de lo creado.

No es, pues, la Universidad de Tucumán, una improvisación lisonjera ni una ambición presuntuosa. Es una fórmula de progreso natural, una precipitación de elementos vivos y de necesidades ciertas.

Nace como muchas de sus congéneres, como las americanas del Norte, como las últimas inglesas, como las técnicas alemanas, como la reciente francesa de Argelia,—indígenas, es decir, no repetición de un molde, sino hijas de una sociedad determinada, síntesis de su historia, intérprete de su genio, luz de su conciencia íntima y a la vez ojo abierto dentro de su corazón para escrutarlo y sostenerlo, y llenarlo un día con la armonía simpática que une en la verdad y en la emoción pura todos los hombres al través de la historia y del mundo.

«Pedes in terra, ad sidera vultus», digamos como divisa de blasón de la nueva Universidad—los pies dentro de la tierra, la cabeza hacia las estrellas.

Si ella surge al amparo del «genius loci», del genio de su suelo lleva su cabeza hacia las estrellas, afirmando una vocación superior—porque no quiere ser una casa de estudios meramente profesionales y prácticos y porque han de caber en su «currículum», un día futuro pero cierto, «las bellas inutilidades indispensables», que dijera un filósofo.

El estudio de los suelos y de las semillas, de la vida sugestiva y armoniosa de las plantas,—monótonas para el transeunte, admirables como un cosmos para el observador—darán mañana un sentido profundo y una belleza singular a las letras clásicas ante los ojos deslumbrados de los que desdénaron el latín. Otro día la gloria maravillosa de la química se nublará ante los ironistas y los dogmáticos del positivismo, cuando vean que queda siempre una sustancia irreductible en el fondo de las retortas. Pero el camino de las ciencias positivas es infinito, su contribución al bienestar y al dominio del hombre sobre la naturaleza cada vez más segura y más honda.

Nace con esa fe la Universidad de Tucumán; es hija de su siglo y viene a servir la misión de su siglo.

Aspira a estudiar las verdades concretas de un suelo ignorado, cooperar a la realización del destino económico de una vasta región argentina, que tiene su nombre en la historia y se llama el Tucumán, a organizar su riqueza, a darle el desenvolvimiento y la estabilidad que el empirismo obstruye.

Hace noventa años, un viajero inglés con la visión experimentada por el espectáculo de muchos pueblos, encontraba en los nuestros los gérmenes de un porvenir maravilloso. Hoy repetimos el horóscopo feliz de entonces, pero la nación se ha desenvuelto sin realizarlo.

Bien saben las provincias subtropicales que el progreso, que han visto surgir como un don gratuito en sus hermanas vecinas al mar y los grandes ríos, han de conquistarlo ellas con fatiga—pero es necesario también que no olviden que el esfuerzo es el cemento que afirma los grandes sillares, y que Inglaterra y Flandes fueron obras de la paciencia inteligente y que los tesoros de las Indias son hasta ahora solamente el acicate de las conquistas.

No han podido contar para orientar sus fuerzas con el apoyo de la ciencia europea que desconoce su clima y sus productos, y ya que no la investigación irremplazable del terreno propio, han carecido hasta de las sugerencias de investigaciones similares.

El problema existe para el país entero y las crisis agrarias que ha soportado y que hoy lo afligen, muestran la desorganización técnica del trabajo, la insuficiencia de condiciones naturales óptimas, cuando no las disciplina la dirección científica.

El mal es nuestro solamente en la enormidad de la proporción, pues la misma Francia de hoy, lo ha dicho hace pocas semanas el profesor Zolla (1) siente el peso del prejuicio latino que ahuyenta de la tierra y que no concibe al labrador sino como al rústico inclinado sobre el surco, que levanta los ojos de vez en cuando para interrogar a la luna o las constelaciones sobre la lluvia o el buen tiempo.

Tentaremos, pues, hacer lo que no ha sido hecho, y lo que las previsiones han anunciado desde hace tiempo que era necesario hacer.

Obstaban en el país singulares razones para hacerlo.

El desdén hidalgo por los menesteres materiales y la arrogancia señorial que vuela la capa y «deja escurrir el tiempo como arena entre los dedos», que

(1) Revue du Deux Mondes, 1.º abril 1914.

asumió en el holgar voluptuoso y parlero la actitud más seductora y selló el blasón más puro del alma española, condenó las tareas de la tierra inelegante por definición, porque encorva la cabeza y aplana los hombros.

Uno de los viejos privilegios universitarios consistía en desalojar de la vecindad de un alumno los artesanos mecánicos que podían con el rumor de sus hornallas o el eco de sus golpes, destruir el hilo precioso y sutil de un silogismo.

No fueron simplemente la teología y la dialéctica las que reinaban cuando América se abrió al mundo y que fueron por tanto sus nodrizas, sino una teología y una casuística propias de España, nación de Europa, por su impregnación semítica y su posición a un paso del África arábica, la más vecina a la locura ascética y la pasión metafísica del Oriente.

Su teología fué la más refinada y su casuística la más implacable y sus frutos la tristeza y el quietismo, es decir las virtudes más estériles para la dirección que la civilización humana debía emprender.

Era el espíritu de España en América San Ignacio de Loyola y no San Francisco de Asís, la figura angelical y sonriente, amante de la alegría simple y de la naturaleza buena, que dora con reflejos de la aurora cristiana su siglo italiano y los demás siglos.

Nacimos, pues, prefiriendo la dialéctica y empenachándonos de silogismos, disputando arduamente sobre la existencia del alma de los indios, sobre el valor canónico de los votos de Leonor de Tejada o de la consagración de fray Bernardino Cárdenas, el obispo del Paraguay, cuya superchería no engañó a la Universidad de Córdoba.

Y así pasaron dos siglos en la languidez complacida de poblaciones perdidas en el desierto.

Un maestro universitario, que fué sobre todo un espíritu ardiente y doloroso de artista, decía hace 20 años, desde el estrado ante el concurso de académicos y doctores: «la Universidad argentina no es una universidad tal que pueda abrazar todos los intereses nacionales, y creo que es llegado el momento que ella lo declare en términos

explícitos. Estoy persuadido de que si todas las madres argentinas asistieran a esta fiesta, no habría una sola que no ambicionara el título doctoral para el hijo amado de sus entrañas, y sin embargo si el cielo escuchara la plegaria materna, decretaría la desgracia de los hijos y la ruina de la República.»

«No es posible consentir, añadía, que las generaciones selectas de nuestro tiempo extravién su camino para llegar oprimidas por la necesidad, a las sórdidas contendas de la curia, que depravan el carácter o a enredarse en la enmarañada madeja de la política de aldea, sin horizontes y sin ideales, dejando de lado las artes, la industria, el comercio, la verdadera ciencia y las verdaderas letras.»

No es, no puede ser, la Universidad de Tucumán, no podría justificar su derecho a la vida si hubiera de repetir la tradición del trivium y del cuadrivium medioevales, en los que los humanistas y los teólogos encerraron los modelos de la sabiduría humana.

Continúa la inspiración de la Universidad de La Plata, que ha abierto las ventanas sobre la naturaleza, conservando y acentuando sin embargo lo más grande de las viejas universidades: la sugestión de la solidaridad de todas las ciencias y la unidad esencial de sus verdades.

Ha comenzado con ella una nueva historia universitaria del país.

Las de Córdoba y Charcas fueron eclesiásticas y la de Buenos Aires, como la de París del siglo XV enseñó el derecho natural y de gentes, como las ciencias madres del saber jurídico. Pero las instituciones humanas no valen por las ideas que encarnan como por los sentimientos que las inspiran o que despiertan y asocian a su vida.

No juzguéis a la Universidad de Córdoba por las verdades de los libros con que doctoraba—que eran al fin la ciencia de su tiempo—ni por la solemnidad ampulosa de sus hopalandas, ni la sutileza ingeniosa de sus ergotismos, porque fué un refugio y un hogar en la anarquía oscura de la conquista y de la colonia, porque encendió en la inmensidad asiática del virreynato una luz

que no era la de la hoguera calchaquí emboscando a Alonso de Rivera ni la de un motín en la propia ciudadela castellana, debelada por la ambición sediciosa de un capitán; porque se nos finja fría, cruel, abstrusa y seca su ciencia que llenó de pasión, de meditación o de inquietud la vida de muchas generaciones que la gustaron y amaron y que doblaron al fin sus cabezas seguras de sus verdades.

Los refinamientos de la teología y los problemas de la casuística tuvieron el mismo encanto de la novela con que los modernos satisfacen el deseo turbado e instintivo de los humanos de asistir a los dolores infinitamente diversos a que la vida somete a la conciencia.

Sus doctores de fines del siglo XVIII decoraron la sociedad de su tiempo con la pompa de su sabiduría, y como los legistas de la Edad Media prestaron un eminente servicio práctico, extrayendo de su Vinnio o de su Himeccio las fórmulas jurídicas de la revolución.

Fueron sus doctores los que forzaron la primera junta a los diputados de las provincias: Funes, Molina, Olmos de Aguilera—teorizando con textos venerables lo que era el sentimiento de los pueblos interiores.

Fueron nuestros el doctor Laguna, el amigo de Alvear que desdeñó el gobierno por la soledad ascética de su valle de Taff; el doctor de las Muñecas que ideó una conspiración de todo el virreynato desde su celda de Cuzco; el doctor Pedro Miguel Aráoz, profesor en Buenos Aires, congresal del '16, que mezclaba a una sabiduría famosa en su tiempo, una malicia llena de gracia y distinción; el doctor Colombres, obispo, gobernante, fundador de industrias y de templos.

A la Córdoba sagrada sucedía Buenos Aires la emancipadora: aquella era el pasado genético, la raíz de la estirpe, ésta la fórmula de la nueva edad, infantada, por el mar que fecunda las riberas de tres continentes. Aquella era hija de España como Acalá o Salamanca, contemporánea de América, ésta la hermana de la Nación independiente.

Juzgad a la de Buenos Aires, si queréis, no por la enseñanza sabia de don Diego de Alcorta, don Juan

Crisóstomo Lafinur, Vélez, Gutiérrez y Estrada, sino por las ideas que diseminó, prolíficas y errátiles, por la nueva dignidad que creaba en el emporio transoceánico, repleto de ganados y ávido de cueros. Se enamoró de Francia y después de la América de Lincoln, dió la inspiración a los congresos, improvisó constituciones, arengó también a los ejércitos, educada en el cesarismo romano fulminó a los caudillos, que tenían también sus razones, pero con errores, casi siempre elocuentes, con ejemplos clásicos, con rapsodias políglotas, formaron sus doctores el país porque pusieron en ello emoción y entusiasmo, porque les iba el corazón cuando predicaron contra la tiranía o cuando desafiaban la borrasca, vibrando el verbo romántico en la defensa de su Buenos Aires, olvidada, que la ciencia de sus maestros había entregado a las provincias con la borla de doctor a sus hijos, las llaves de la ciudad.

Pero el descoronamiento marcó la ascensión. La aldea fué la metrópoli, y de ciudad madre de una nación es hoy el símbolo de una transformación histórica cuyo proceso se inició hace un siglo y cuyo imperio comienza.

Si la Universidad de Tucumán da la espalda al pasado y afirma nuevas orientaciones a su enseñanza, invoca también un título histórico que ratifican tres siglos.

Quiere ser la Universidad del Tucumán, que es una denominación familiar de América.

Es una frontera geográfica porque la montaña viene desde el centro de América y en el Tucumán se allana hacia el naciente y sud, la tierra se desdobra infinitamente en pampa, como hija que es del mar, los torrentes se acaudalan en ríos, y se serenán magestuosamente; el cielo fulgente de los trópicos en adelante se enfría y profundiza; la naturaleza es menos imperiosa, más simple el aspecto de las cosas y los seres.

Pero esta frontera geográfica era también una clara y secular frontera histórica. Sobre su montaña se levantó la última «Casa del Sol»—intihuasi—testimonio de la colonización del Inca; en ella detuvieron sus correrías homéricas los conquistadores venidos del Pacífico que la llamaron «Nuevo Extremo», y fué Diego de Al-

magro quizá el primer europeo que pisó el suelo hoy argentino; distinta fué su raza original y suya la epopeya calchaquí.

La historia obedeció la naturaleza y durante siglos esta tierra del Tucumán fué la línea de encuentro de dos civilizaciones, el teatro de sus luchas, regazo de su himeneo. Equidistante de dos océanos, defendida de ambos por altas montañas, nació del Pacífico pero fué rodrigada por el Atlántico e integró así el suelo, la raza y el destino de una nacionalidad de compleja estructura, con un incommensurable flanco al mar que abre las puertas á las ideas y a los productos, funda los emporios, germina la tolerancia, las artes graciosas y las elegancias de la vida, hace a los hombres fáciles para las novedades, intelectualistas, ambiciosos, progresistas y arriesgados; pero también con desiertos y montañas por donde circulan difícilmente los productos y las ideas, donde la propia lentitud y tristeza de las travesías trasciende en las almas, y son éstas graves, reflexivas, de pereza exterior y con fiebre íntima, de pasiones profundas y de gestos breves, tradicionalistas y filosóficos.

Por eso la revolución que incubaron la seducción de las ideas brillantes de la Francia jacobina y las necesidades de la próspera factoría alumbró junto al mar, pero necesitó consagrarse como voto de una nación, como afirmación de una conciencia social por la voz de hombres de todos los pueblos, en el punto de confluencia de las dos corrientes, de la liberal y cosmopolita del litoral y de la indígena, labradora y sedentaria de las «provincias de arriba», y fué así el Congreso de Tucumán, cuya misión más visible es la proclamación de la independencia, pero cuyo sentido más íntimo fué la compenetración efusiva, la concordia solemne en un sólo ideal de tendencias y ambiciones afines, pero recelosas que afirmaban por primera vez su indisoluble eternidad.

Hay, pues, fuerzas históricas y morales bajo cuya acción nace y cuya integridad aspira a conservar y que la nación requiere que se conserve.

Una universidad es ya una fundación moral: el estudio que no mira el problema del día es un ascetismo,

pone una pausa entre la aplicación y la meditación, porque no se estudia para saber sino para aprender, según la fórmula de Bacon, y entonces y sólo entonces, surge el hallazgo feliz que redime una esclavitud, puebla un desierto o abre bajo nuestros pies un tesoro ignorado.

Añadid a eso que recoge el aliento de sociedades que no han perdido viejas virtudes sencillas y fuertes: la sobriedad, la continencia digna y grave, la alegría llana y la cordialidad segura, el dominio de sí mismo, un sentido instintivo de la belleza, un culto sin quebranto por la patria.

A la razón fundamental económica y científica, agregamos así un concepto moral y nacionalista; pero no queda completo el pensamiento fundador, porque tiene también una finalidad política.

Busca ser un instrumento de equilibrio en favor de la región norte argentina, señalando rumbos económicos, avivando fuentes de riqueza, reteniendo su juventud, que es el tesoro que pierde todos los días, centuplicando por la irradiación del aula el sentimiento de sus necesidades prácticas y su fe en el porvenir.

Y es sobre todo una finalidad política su trascendencia democrática, en el noble y único deseable significado de democracia.

No busca asegurar la voluntad de la mayoría, sino esclarecer, dar altura y fuerza a la mayoría, para que ella dirija, no por su número, sino por la disciplina inteligente de su espíritu, la destreza y eficacia de sus facultades, la mayor penetración de los fenómenos, la visión exacta de la naturaleza—y así solamente la democracia no será un espejismo o una tiranía sino la nivelación y la armonía de los hombres en el amor y en el trabajo.

Eminente señor Gobernador:

Habéis hecho obra de estadista, mezclando vuestra consagración y vuestro celo a los cimientos de la obra imperecedera, y señalando a esta sociedad y al país las altas preocupaciones que deben dirigir la acción de los gobernantes.

Señores Delegados:

Nada conforta a la Universidad de Tucumán en las inquietudes laboriosas de sus comienzos, como el aliento de vuestra presencia, que es el anuncio de una solidaridad que el porvenir hará más viva y más fecunda, y de parte de las provincias hermanas y vecinas el reconocimiento de una fraternidad en el pasado que queremos y debemos revivir en su preciosa intensidad originaria.

El señor ministro de Instrucción de la Nación envía un testimonio elocuente de su adhesión y de su auspicio, fiel a la grande tradición argentina que ha hecho de la Nación el impulsor, el protector natural y diligente de la cultura, desde que becara bajo Rivadavia a los jóvenes provincianos, uno de los cuales se llamó Alberdi, hasta que levantara bajo Mitre los colegios nacionales que doctrinaban la nueva fe nacionalista redactada en Pavón.

Y no puedo olvidar que entre nosotros está el representante de la Universidad de Buenos Aires, del alma mater de las generaciones que dirijen la nación y de los hombres que fundamos esta universidad, que es así su hija, aunque para acrecer el patriotismo común, cultive otra heredad y arroje al surco y espere el fruto de otras mieses.

Sea dada a vos, señor presidente de la Universidad de La Plata, la enhorabuena más cordial y más ferviente, —ahogando el discípulo la emoción de volverse a ver junto a su maestro en una hora imborrable de su vida,—porqué prestáis a su fiesta luminar el prestigio de vuestro espíritu y de vuestro corazón de artista—hombre de gobierno, fundador de Universidad, y lo que es más, maestro en el libro, en la tribuna, en la evocación del pasado y de la leyenda, que es el alma del pasado, como poeta, en el juicio del presente como estadista, en la preparación del porvenir como educador.

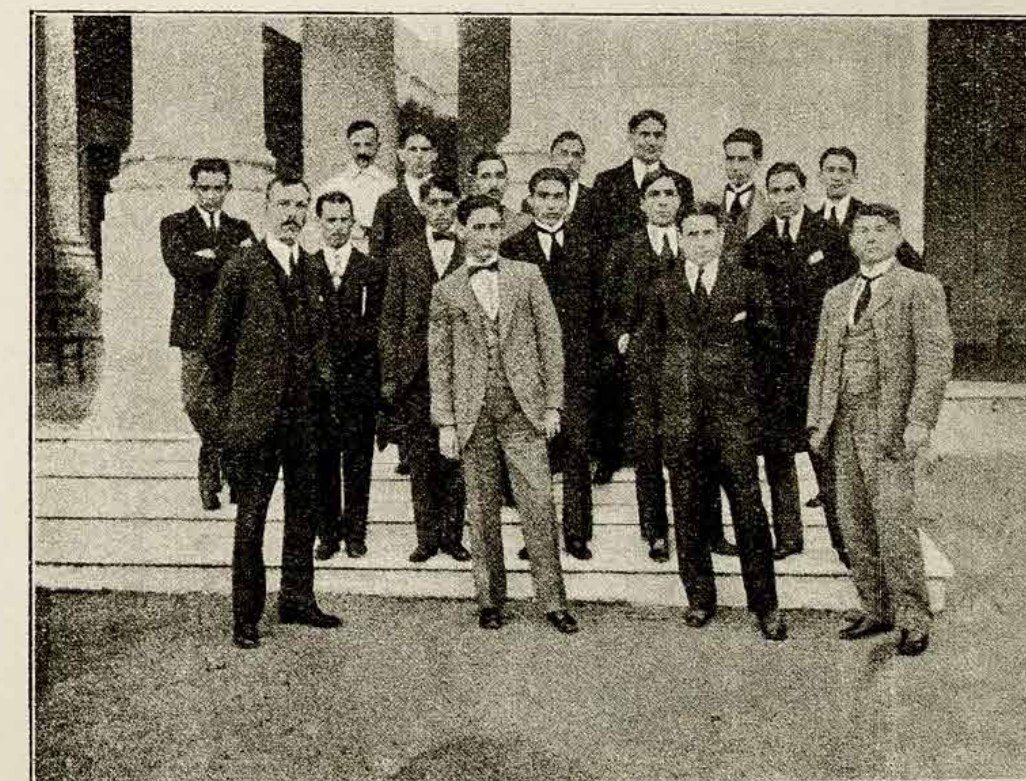
Vosotros, jóvenes alumnos, pensad que sois el centro de esta fiesta, porque sois los depositarios de las esperanzas con que nace la Universidad, el espejo en que veremos desarrollarse como un drama las previsio-

nes patrióticas que la inspiran, con el corazón alerta y conmovido ante el juego de la escena, porque el héroe del drama es la patria—hasta que llegue la hora ni sombría ni temida, sino sabia y plácida en que hayan de pasar de nuestras manos a las vuestras la luminaria, que en las panateneas simbolizaban con belleza digna de Grecia, la solidaridad de las generaciones y el culto del ideal.

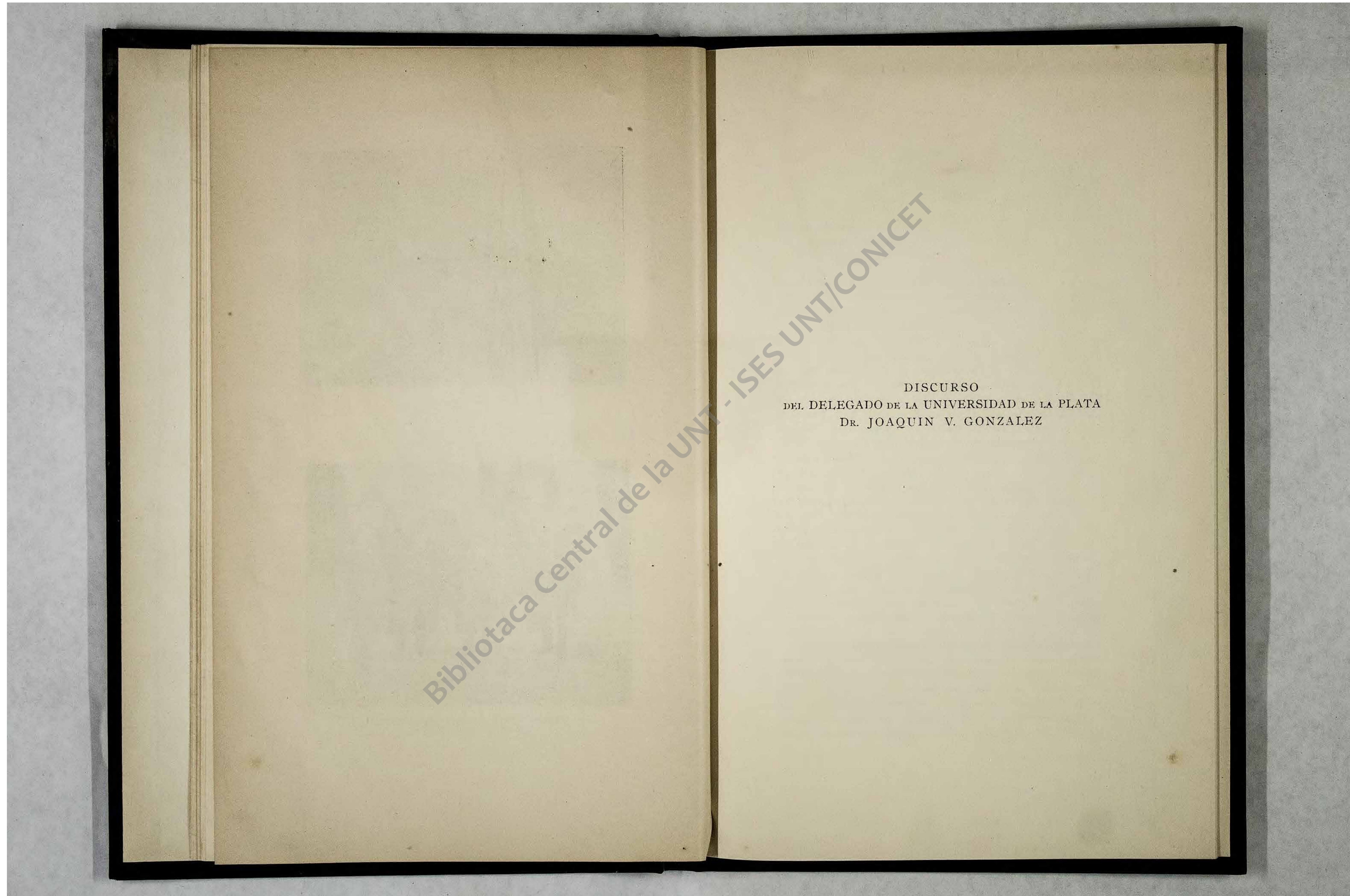
BIBLIOTECA CENTRAL
DE LA
UNIVERSIDAD NACIONAL DE TUCUMÁN

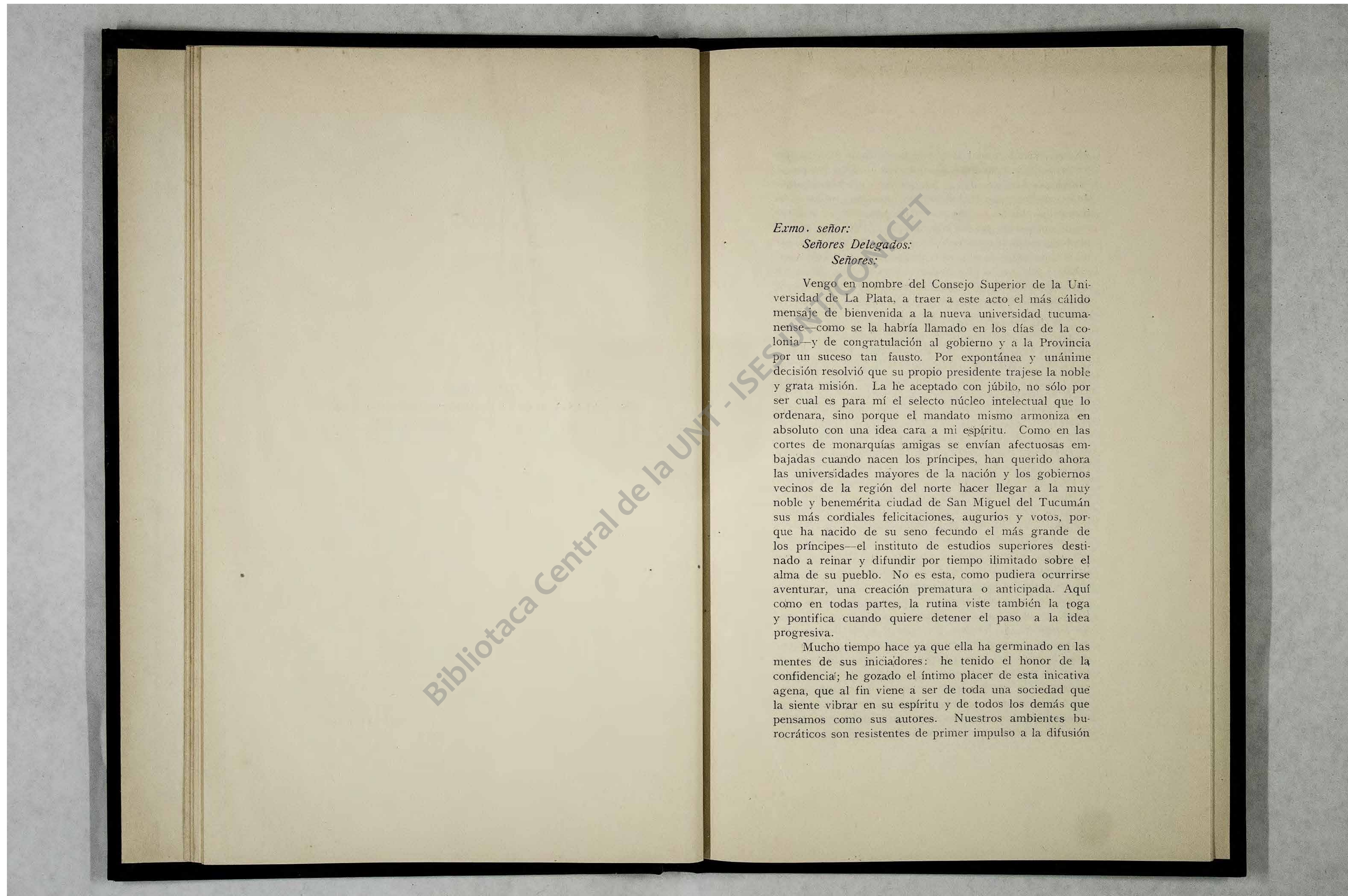


Consejo Superior fundador



Un grupo de los primeros alumnos de la Universidad
en compañía del profesor Dr. Paterson





*Exmo. señor:
Señores Delegados:
Señores:*

Vengo en nombre del Consejo Superior de la Universidad de La Plata, a traer a este acto el más cálido mensaje de bienvenida a la nueva universidad tucumana—como se la habría llamado en los días de la colonia—y de congratulación al gobierno y a la Provincia por un suceso tan fausto. Por espontánea y unánime decisión resolvió que su propio presidente trajese la noble y grata misión. La he aceptado con júbilo, no sólo por ser cual es para mí el selecto núcleo intelectual que lo ordenara, sino porque el mandato mismo armoniza en absoluto con una idea cara a mi espíritu. Como en las cortes de monarquías amigas se envían afectuosas embajadas cuando nacen los príncipes, han querido ahora las universidades mayores de la nación y los gobiernos vecinos de la región del norte hacer llegar a la muy noble y benemérita ciudad de San Miguel del Tucumán sus más cordiales felicitaciones, augurios y votos, porque ha nacido de su seno fecundo el más grande de los príncipes—el instituto de estudios superiores destinado a reinar y difundir por tiempo ilimitado sobre el alma de su pueblo. No es esta, como pudiera ocurrirse aventurar, una creación prematura o anticipada. Aquí como en todas partes, la rutina viste también la toga y pontifica cuando quiere detener el paso a la idea progresiva.

Mucho tiempo hace ya que ella ha germinado en las mentes de sus iniciadores: he tenido el honor de la confianza; he gozado el íntimo placer de esta iniciativa ajena, que al fin viene a ser de toda una sociedad que la siente vibrar en su espíritu y de todos los demás que pensamos como sus autores. Nuestros ambientes burocráticos son resistentes de primer impulso a la difusión

de universidades, cual si se tuviese de éstas un concepto temeroso o desconfiado. Es que esos medios son por lo común poco informados, y aunque bajo muchos aspectos de la vida les viene bien el «*rerum novarum appetentes*» del historiador latino, los detiene cierto temor de lo desconocido, como una superstición adversa. Pero son en el fondo generosos, y cuando el éxito es evidente, la primitiva previsión se convierte en fuerza y en acción favorables. Por eso es de admirar la persistencia y la visión de futuro del iniciador que no cede al primer golpe de la ola destructora.

Se ha pensado hasta hace poco que era un mal para el país el establecimiento de nuevas universidades fuera de las ya existentes, de las de Córdoba y Buenos Aires: siglos ha pasado—se recordaba—la Inglaterra con las dos célebres de Oxford y Cambridge, y para consolar a los disidentes se agregaba que lo necesario son las escuelas primarias. Y bien, había y hay también quienes creen que no bastan para los fines sociales y políticos de toda universidad, en una nación que tiene los problemas de la nuestra con las tres ya establecidas y, por el contrario, son indispensables otras tres en el Rosario, Mendoza y Tucumán. Esta opinión ha sido enunciada en público mucho antes de los últimos proyectos parlamentarios y quien os habla en este momento es un viejo convencido de ello. Es que las ideas fundadas en respetables y fundadas experiencias, han sido removidas desde sus raíces y las mismas abuelas seculares de Oxford y Cambridge han debido resignarse a ver surgir a su lado, con vida desbordante y un poder de absorción asombroso, las de Londres, Manchester, Birmingham, Leeds, Sheffield, y universitarios y políticos de primera agua como los Rosebery y Balfour, los Minerd y los Burzon, proclaman la urgencia de reformar las antiguas y de fundar otras nuevas—lo primero según la gráfica fórmula de Rosebery para inocular más ciencia en las humanidades clásicas, y lo segundo para satisfacer las exigencias técnicas del comercio y de las industrias metalúrgicas, textiles y técnicas de las diversas regiones del Reino Unido. Por todos los caminos se va a Roma—dice el popular

adagio,—y desde cualquier punto de la ciencia positiva se puede llegar a la más alta concepción de ideales. La poesía pura no puede, como el ave sobre el océano o el desierto, volar constantemente sin reposar sus alas en alguna roca o árbol de la tierra firme; la ciencia, es cuanto es conocimiento y penetración de la naturaleza, es la roca y el árbol donde el pensamiento abstracto se detiene de tiempo en tiempo a tomar descanso y nutrir sus miembros para la interminable ascensión. No es extraño ver a la ciencia positiva y a la idea pura, encontrarse y coincidir como dos círculos superpuestos y confundirse en uno solo, como en la sutil comparación de Plotino. Si la metafísica por sí sola ha alumbrado el camino para tanto descubrimiento material, imagínese cuanta potencia llevará consigo cuando se nutra con la savia viva y palpitante de la naturaleza. Esta se halla henchida de infinitos elementos tan invisibles como poderosos, constituyendo el gran misterio del mundo moderno para el pensamiento del hombre; y éste necesita la fecunda conciliación de la física experimental con la metafísica, para llegar de lo visible a lo invisible y de lo invisible a lo visible. Pero el campo de la ciencia de lo visible es limitado, y no basta, no es posible un sólo instituto de investigación para realizar la tarea. De la distribución parcial de esta labor nacen los descubrimientos particulares que luego una idea superior y general correlaciona con la ley universal del progreso.

No necesito recordar la cualidad de la diferenciación, como esencial a esta ley. La uniformidad es el camino a la repetición, al círculo vicioso que es el de la muerte: la diferenciación es variedad, es renovación, es vida. Traducido este principio en hechos en la función del estudio y de la investigación, se convierte en una fuente inagotable de energías. Lord Rosebery, que no quería reemplazar las viejas humanidades clásicas de Oxford y Cambridge por las ciencias modernas, sino vigorizadas las unas con las otras, decía en el último congreso imperial de 1912: cada universidad aquí representada tiene su labor distinta a emprender, diferenciándose bajo algún aspecto y en alguna proporción la de

cada una de las otras. Cincuenta y tres universidades significan cincuenta y tres problemas; y aunque no puedo desear por un instante—pues cada una debe trabajar para su propia conservación y por su propio camino—en ninguna forma un grado de centralización de las universidades del imperio, porque ésta sería una idea venenosa, desmoralizadora y fatal para su engrandecimiento y progreso, no puedo menos de esperar que este congreso dejará en una u otra forma algún surco, una ruta permanente, por los cuales puedan continuar comunicándose entre sí en casos necesarios, ya en métodos, ya en hombres, y obtener indicaciones recíprocas sobre el mejor procedimiento para resolver los problemas diferentes de cada una.

Dije que el mundo burocrático era en general mal informado y así no percibe la parte que toman en el portentoso salto de grandeza de los Estados Unidos sus quinientas instituciones superiores de todo orden, que trabajan por vías e intensidades diferentes en la satisfacción de las múltiples necesidades de la industria, del comercio, de la expansión interior y exterior de la vasta democracia americana: en la honda lucha fabril que en Europa sostiene la Alemania con dos colosales adversarios, no advierten que mientras el uno adopta su política universitaria de la multiplicidad y la diferenciación con clara visión del futuro imperial, el otro siente declinar, como lo observa Astirald, la parte que ha tomado siempre en el progreso científico del mundo. Es necesario que allí también, con independencia de la capital, se formen sabios y maestros de genio, en las universidades de provincia, administradas por sí mismas; que sigan su propio ideal científico, sin sujetarse a las corrientes que dan el tono a París, y que sepan animar con este ideal el núcleo de alumnos que ellos atraigan y mantengan con su personalidad. Es necesario luchar con energía contra las consecuencias nefastas de la centralización que la ciencia soporta menos que ninguna otra cosa.

Y bien, toda federación es un organismo diferencial y es por eso rico y fecundo en elementos de progreso.

La nuestra es un ejemplo de este principio, no obstante la fuerte corriente centralizadora que domina en toda ella desde la normalización constitucional. Aunque el mapa regional no coincide en absoluto con el político sus diferencias no son grandes y puede decirse que cada provincia tiene una modalidad definida por su historia y su medio. Cada una de ellas es un estado grande o chico, pero lo es, y tiene los deberes y misión particulares con la sociedad que los constituye; cada uno de ellos es el centro de una industria, de una aptitud, de una forma de destino colectivo, determinante de una política diferente en la esencia y en los procedimientos; cada uno de ellos recorre además de los problemas políticos pertinentes a la nación en su conjunto, su propio y particular problema de vida, y de crecimiento económico y personalidad moral, quisieran aún formarlo y fundirlo en uno solo y la naturaleza se opondría porque en este orden de principios, lo que las leyes convencionales atan lo dasatan las leyes naturales. La política de la centralización forzosa encendió la guerra civil y mantuvo la anarquía y el despotismo desde 1910 hasta 1850; sólo la educación y la cultura, las promesas de la constitución y el poder de hecho de las fuerzas económicas, han podido contrarrestar hasta ahora, la ausencia de la política diferencial que debe definir la personalidad de cada provincia, y convertirlas en otros tantos centros de energía vital para toda la Nación. Esta no puede, como un Dios omnipotente, abarcar con una sola mano todo el territorio y todas las industrias y todas las fuerzas vivas de todas las regiones; ésta es la razón de su debilidad relativa, y de la lenta progresión de su crecimiento. A medida que algunas provincias se han independizado bajo este aspecto, se han convertido en centros de riqueza y de sostén financiero para la Nación, y su personería toma relieve exterior.

La doctrina del éxito dirá sus aforismos tentadores, pero no sólo sé que nada que no se halle fundado en la ciencia o no coincida con sus métodos, tiene duración ni vitalidad efectivas; y sólo la difusión de las ciencias, generales o especiales, teóricas o especiales, teóricas o

aplicadas, sobre la base natural de una vasta labor preparatoria de la mente colectiva por la escuela, puede llevar a los Estados a su verdadera independencia y autonomía moral y económica; sólo el estudio y el método científicos descubrirán a cada una sus fuentes de vida permanente y renovable, como base de sus industrias propias. Las universidades no son,—como se huelga en repetir el vulgo burocrático,—creaciones de lujo que distraen al Estado recursos que se emplearían mejor en objetos más remunerativos o cuando más en aumentar las escuelas primarias: son los talleres más activos de preparación y transformación de toda fuerza viva, en la labor actual del Estado; pues, alfabetos y analfabetos, cultos e incultos, todos deben realizar un trabajo en la sociedad bajo una dirección y con un rumbo determinado. Pues ellos son los creadores y productores de esas inteligencias directivas, que no pueden esperar la lenta evolución de las edades; porque el gobierno es un hecho, y ese hecho no puede ser brutal ni ciego; y por eso la labor universitaria es actual, es simultánea, es permanente, es continua y es independiente y concurrente a la vez con la de las escuelas inferiores que miran más al futuro que al presente. Por eso todas las grandes naciones las emplean como medios de creación y transformación más inmediatos de sus elementos de vida y de poder más esenciales:—la Gran Bretaña, para tender a través del mundo el hilo invisible que ha de conducir y mantener la corriente de simpatía y cohesión de su vastísimo imperio colonial; la Francia desarma y separa en piezas la unidad universitaria napoleónica que no evitó el 70, y devuelve a sus universidades provinciales la antigua autonomía y su misión diferencial aún dentro de la unidad política; y la Alemania, contrarresta a sus formidables rivales en la ciencia y en la influencia política y económica, con la difusión y diferenciación de sus universidades, que convierte a cada ciudad en un foco distinto de trabajo, investigación y producción, de atracción de afuera hacia dentro, que se convierte en influencia exterior por la expansión de su espíritu en sus maestros y en sus invenciones e instrumentos de trabajo científico.

Y bien, señores, la provincia de Tucumán, en la federación argentina ha tenido desde los primeros días de la conquista y la colonia, un relieve singular, qua a veces se ha traducido en hegemonía y calificado una vasta extensión del territorio del Río de la Plata. Era la excepcional belleza y fecundidad de su región, que la indicaba para más tarde o más temprano, como el asiento de una intensa civilización. No podían ser estériles sus valles de inalterable verdor, opulenta vegetación, surcados por un sistema tan regular y armónico de ríos y corrientes, como cuerdas de una arpa inmensa destinada a producir una vasta armonía. Y lo que la naturaleza ata el hombre no ha podido desatar. Tucumán ha surgido en medio del territorio argentino, con una vitalidad extraordinaria y constituye ya uno de los Estados de vida propia sobre cuyas espaldas se sostiene una parte de la gran fábrica arquitectónica de la Nación. Tucumán ha sido hecha dos veces, como la mayoría de las obras de arte destinadas a producir: la primera por la expansión de la ciudad hacia la campaña, como todas las ciudades españolas de América; la segunda, la que vive y se desarrolla y comienza a resplandecer como un centro de cultura y de energía económica en la República, es hija de la campaña agrícola, que al transformar sus cultivos principales del viejo tipo doméstico de la colonia en la vasta labor extensiva de la industria moderna y científica, la ha renovado, engrandecido y embellecido como por obra de magia. No es aquí, por cierto, donde esta observación puede tener novedad. Pero es que al mismo tiempo Tucumán presenta todos los caracteres de una futura ciudad de alta y refinada cultura intelectual, científica, literaria y artística. Su hermosa naturaleza desmentiría las eternas leyes de la vida y de la historia, si del fondo de sus montañas y praderas rebosantes de vigor y de gracia, no comenzase a surgir la virgen poesía y el genial soplo de arte contenidos en ellos.

La nueva Universidad, nacida en hora propicia en el proceso de su desarrollo, producirá un doble resultado, sucesivo, sino simultáneo: concebida y ejecutada de pre-

ferencia, con fines científicos prácticos, dará a la provincia los legítimos tesoros materiales que de ella se esperan; pero en el fondo de su tierra vibra el fuego del arte sagrado e inmortal, que no tardará en encontrar sus vías y sus expresiones propias; y si la Universidad sabe ayudarla a despertar, verá realizarse el milagro esperado, de la reviviscencia a través de veinticinco siglos, de la corriente de mármol que encarnó en Afrodita y en Atenaia, para erijir en la cumbre del Aconquija, la estatua de la Belleza imperecedera, alma del mundo, que puede oscurecerse o emigrar a países remotos, para reaparecer como la Estrella mística, conservada en el santuario de las almas, hasta que la humanidad, purificada por la contemplación, se acerque a ella y descubra su luz increada.

Señoras: Señores: Os he entretenido con mi palabra más de lo permitido por este acto bajo tantos aspectos solemne y de medidas proporcionales. Pero las sugerencias propias del asunto, la magnitud de su trascendencia, y los carísimos sentimientos e ideales que en mí ha despertado, han sido más fuertes que mi voluntad. Entre esos debo revelaros uno que alienta mi vida y esperanza de educador y de hombre público argentino: es la que hace consistir la educación moral, por tantos caminos y métodos buscada, en una ley de simpatía, de cohesión y de armonía del alma nacional, de manera que podamos ver desaparecer algún día del fondo de nuestra vida, ese espíritu de desunión y de discordia que aún trabaja como el gusano en el tronco del árbol su tarea disolvente y maligna. La ignorancia es ese eterno roedor de la conciencia humana; ese implacable productor de odios e intolerancias; ese insomne artífice de toda desgracia y destructor de toda esperanza y salud moral; ese indomable forjador de desinteligencias, separaciones y guerras entre hombres y pueblos; la antiquísima filosofía de la India, reaparecida en nuestro occidente al contacto del cristianismo, ya lo había anunciado al género humano. Es la ciencia, que descubre en el alma y en la tierra todo lo oculto; enseña el sentido de la verdad y de la justa medida de las cosas; hace comprender el va-

lor real de los cualidades que crean las locas vanidades y transitorias grandezas y ambiciones; suprime las distancias y demuestra con hechos la fraternidad y la unidad de destino de todas las razas; enseña a conocer la razón de amarse y no odiarse los hombres entre sí, porque todos conocen su infinita pequeñez ante la inmensidad de lo desconocido que los envuelve y los encoge; les indica y alumbra el sendero de la única felicidad posible en la vida, y da la clave para la constitución de los gobiernos felices, en la justicia de amor y de amparo que es esencia de la vida colectiva y en este problema palpitante de la educación moral de los pueblos, ella tiene la única palabra, porque es la enseñanza de la verdad, y ante ella toda construcción de la ignorancia, de la desigualdad y la discordia se desvanecen por sí solos. Sólo ella dará al espíritu humano la concepción real de su prolongación, más allá de la muerte, por la supresión de la muerte misma, y por la calidad eterna de las virtudes que la ciencia crea en las almas. La ciencia es la verdadera fortuna y riqueza porque no puede ser arrebatada, ni comprada, ni vendida,—dice el «Hitopadesa», ese evangelio de la sabiduría primitiva del lejano oriente,—«es el tesoro oculto, es el amigo inseparable y leal, es el recurso que no se agota, es el ojo supremo, es la razón de la vida... Un país privado del riego del Ganges es un país estéril; una familia privada de la ciencia es una familia destruída; el hombre realmente nacido es aquel cuya existencia es una causa de ilustración para su familia: en este mundo en eterna evolución, ¿cuál es el ser que no renace después de la muerte?

En nombre del Consejo Superior, facultades, profesores y alumnos de la Universidad de La Plata, cumplo la grata misión de expresar al señor gobernador de Tucumán, cuya fama justiciera de ilustración y talento es una parte valiosa del patrimonio de la República, sus más calurosas felicitaciones, por haber dado cima al noble pensamiento de la nueva Universidad hermana, llamada

a tan altos y brillantes destinos; al doctor Juan B. Terán, su primer rector, y apasionado leader de esta creación, como aquilatado exponente de la potencia mental del nuevo núcleo tucumano; a los profesores y alumnos que comienzan sus labores a la sombra de este árbol de la ciencia; a todos ellos y a la culta sociedad que los sostiene y estimula con su aprobación, les reserva el porvenir la mayor gloria y honor, la de elaborar para la provincia, la región y la patria, un ciclo nuevo de su historia, para hacer una verdad científica, no ya que Tucumán será «sepulcro de los tiranos», sino seno fecundo de la verdadera libertad de los hombres y de las ideas.

DISCURSO DEL DR. RODRIGUEZ ETCHART
EN NOMBRE DE LAS DELEGACIONES UNIVERSITARIAS
EN EL BANQUETE DADO POR EL EXMO.
SR. GOBERNADOR DE LA PROVINCIA

Exmo. señor Gobernador:

Correspondo a la gentil acogida de V. E. en nombre de los señores delegados de las provincias de Catamarca, Jujuy, Santiago del Estero y Salta y de los consejos y rectores de las universidades nacionales de Córdoba, Buenos Aires y La Plata. Todos a una os manifiestan por mi intermedio la admiración que la merecis por vuestra constante y acertada acción en favor de la cultura pública y os presentan la más cumplida felicitación.

La Universidad de Tucumán nos evoca, Excelentísimo señor, el recuerdo de un espíritu que aún vive en estas tierras, y por asociación del nombre con la obra, el admirable proyecto educacional del 65, que fué el verdadero almacigo de cultura argentina. En tal colegio del afamado Jacques hallábanse representadas las letras, las ciencias, las artes, el profesorado, la agrimensura, la mecánica, la industria, la enseñanza general y preparatoria, en resumen, todo aquello que en el curso de los días debía independizarse para asumir la forma hoy lozana de nuestras escuelas de agrimensura, magisterio, ejercicios físicos, nuestras actuales facultades de Agronomía y Veterinaria, nuestra escuela Industrial, la esperada Facultad del mañana.

Acaso pueda producirse algo análogo del brillante plantel de 1914, almacigo también de las profesiones y de la ciencia, pero superior al anterior por la calidad universitaria de sus estudios y la grandeza de sus proyecciones.

La sección Letras y Sociología, con su notable archivo histórico, tiende como lo sabéis a cultivar el estudio de las humanidades y en particular de los hechos sociales, de que son los económicos la parte principal.

La sección relativa al magisterio se caracteriza por la exclusión motivada de la enseñanza preceptiva y la

adopción completa del método positivo de las ciencias.

La sección Comercio y Lenguas, con su museo anexo de productos naturales y artificiales comporta el estudio de la «estadística», que es fuente de previsión y gobierno, de la «geografía», que es ciencia de las ciencias o «ciencia de la tierra», como la llama el señor rector, y de «administración de los negocios», que es la disciplina del orden y de comprobación de la idoneidad.

La sección Mecánica y de Química agrícola e industrial con su estación experimental y sus laboratorios de química y bacteriología, supera en nuestro concepto toda observación.

Parécenos encontrar en ella, bien reflejado, el espíritu vidente de los hijos de esta zona intuitiva y heroica.

Las facultades clásicas han estado hasta ha poco solas para la constitución del país y lo han hecho casi todo, desde la emancipación a la tiranía y desde la organización a las alboradas de hoy.

Las nuevas facultades llegan en justa hora a participar en la inestimable tarea de ilustrar y enriquecer la Nación.

Las secciones técnicas de la naciente creación están llamadas a coadyuvar al bien de las campañas con sus hermanas del centro, del litoral y del sud, sin determinación de límite alguno en el septentrión.

Ellas enseñarán el arte de los cultivos, fomentarán la industria y lo que es su consecuencia, desarrollarán el sentimiento de la nacionalidad, pues bien decimos que aprender a conocer y dominar la tierra es aprender a amarla.

La sección de Bellas Artes es el puerto a donde llegará el viajero de estas tierras románticas para descansar de sus jornadas y embellecer el espíritu; hemos oído al señor Gobernador el firme propósito de encauzar el gran caudal estético que cruza por doquier en este ensañado país y, por parte nuestra, amantes como él del arte, le aplaudimos con espontánea efusión. La bella sección impulsa la juventud hacia el ideal artístico, sin mengua de la virtuosidad ancestral.

Tales son los planes e instrumentos con que la

Universidad se apresta a actualizar el porvenir. Nada le falta, pues, ni siquiera el ardor de un apóstol. La tarde de hoy ha sido un derramamiento de emoción. El señor Gobernador se ha elevado a una rara elocuencia para comprometer su acción gubernamental en aras del saber y el joven rector ha conmovido la vieja casa de los mercedarios en donde deberá asentarse la ciencia de que se tiene apetición. No ha faltado tampoco la soberbia palabra del amigo de las universidades, el Dr. Joaquín V. González, lo que demuestra que la de Tucumán nace de un sentimiento del bien público inextinguible y que debe ir tan lejos en la extensión y en las edades como las energías que la impulsan.

Señor Gobernador: Diré para concluir que los señores delegados piensan sin duda conmigo que es feliz vuestra Provincia en la época en que actuais, pues podéis dotarla de una institución utilísima que responde a un pensamiento magnífico.

Las Universidades nacionales de Córdoba, Buenos Aires y La Plata la acogen con suma simpatía y por vuestro intermedio, señor Gobernador, le dirijen su más entusiasta adhesión.

Por vuestra preciada salud, Excelentísimo señor, por vuestro ilustrado gobierno, por la brillante antorcha del saber y del hacer que es vuestra Universidad de Tucumán; por su primer rector. Por todos ellos brindo.

